**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***7. El temor a que te ocurra lo peor***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***7. El temor a que te ocurra lo peor***

*[Jesús] comenzó a entristecerse y a angustiarse.* Marcos 14:33 (RVA)

**Introducción**

¿Cuál es tu peor temor? ¿Temes fracasar en público, perder el trabajo, o temor a las alturas? ¿Temor de que nunca vas a encontrar la esposa ideal para ti, o a no disfrutar de buena salud? ¿Temor de quedar atrapado, de ser abandonado u olvidado?

Estos son temores reales que nacen de preocupaciones legítimas. Y, sin embargo, si se dejan desenfrenar, pueden convertirse en obsesiones. Hay una línea delgada entre la prudencia y la paranoia. Prudencia usa el cinturón de seguridad. Paranoia evita viajar en automóvil. Prudencia lava con jabón. Paranoia evita todo contacto con otra persona. Prudencia ahorra para la vejez. Paranoia acumula todo, incluso basura. Prudencia se prepara y hace planes. Paranoia se deja llevar por el pánico. Prudencia calcula el riesgo y luego se tira el clavado. Paranoia nunca entra al agua.

¿Cuántas personas pasan la vida al borde de la piscina? Consultando la precaución. Ignorando la fe. Nunca dan el salto. Son felices disfrutando la vida con las experiencias de otros. Pero prefieren no arriesgarse ellos mismos que correr un riesgo. Por temor a lo peor, nunca disfrutan la vida al máximo.

**Saltando a los brazos del Señor**

Dar un salto de fe no es algo que hacemos en necio desenfreno. Más bien, como hijos de Dios, lo hacemos con fe en la bondad del corazón de nuestro Padre Celestial, y nuestra confianza en su fuerza y poder. Esa fue la elección de Jesús. Él hizo más que hablar sobre el temor. Lo enfrentó en el huerto de Getsemaní, y en la cruz del calvario.

La cruz de aquel viernes fue el sufrimiento más severo. Aquel jueves, el huerto presenció el temor más profundo. Fue aquí, en medio de los olivos, que «Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.» (Marcos 14:33-36).

Nunca antes en los evangelios hemos visto a Cristo de esa forma. Ni en la tormenta de Galilea, ni tampoco con el endemoniado en la necrópolis, ni al borde del despeñadero en Nazaret con los endemoniados. Este es un momento importante. Dios se hizo carne, la carne está sintiendo verdadero temor. ¿Por qué? ¿Qué era lo que Jesús temía?

La copa de la que habla Jesús representaba la peor circunstancia en la que Jesús se podía encontrar: como recipiente de la ira de Dios. Él nunca había sentido la furia de Dios, no la merecía. Nunca había experimentado aislamiento del padre, los dos habían sido uno por toda la eternidad. Nunca había conocido la muerte física; era un ser inmortal. Sin embargo, dentro de unas pocas horas, Jesús enfrentaría todo eso. Y Jesús sintió miedo. Miedo mortal. Y lo que hizo con su temor nos muestra lo que nosotros debemos hacer con el nuestro.

**Jesús oró**

Jesús enfrentó su temor más grande con una oración sincera.

Jesús les dijo a sus seguidores: «Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro» (Mateo 26:36). Una oración no fue suficiente. «Otra vez fue, y oró por segunda vez… y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras» (Mateo 26:42, 44). Inclusive solicitó el apoyo en oración de sus seguidores. «Velad y orad, para que no entréis en tentación» (Mateo 26:41).

No deberíamos complicar tanto el tema de la oración. Nos preocupamos por las palabras que debemos usar al orar, los lugares donde debemos orar, la ropa para orar, posiciones para orar, la duración, la entonación y otras formalidades. Y, sin embargo, el pedido de Jesús no tenía nada de eso. Fue breve (dieciocho palabras en español). Fue directo y demostró confianza. No como un santo que busca palabras rebuscadas en el santuario, sino como un niño asustado sentado en las rodillas de su papá. “*Abba…”*

La oración es la práctica de sentarse calmadamente en las rodillas de Dios y colocar nuestra vida en sus manos. Él está a cargo de todo lo que nos sucede, también de las crisis y los momentos difíciles, y nos asegura que llegaremos bien. Y nosotros hacemos lo mismo que hizo Jesús. Ofrecemos nuestras peticiones, le pedimos a Dios que «quite esta copa». La copa de la enfermedad, de la traición, del colapso financiero, de la falta de trabajo, del conflicto o de la senilidad. La oración es así de simple. Y una oración así de sencilla preparó a Cristo para mirar de frente a su temor más profundo.

Tú puedes hacer lo mismo. Sé específico en cuanto a tus temores. Identifica lo que es «esta copa» y habla con Dios acerca de ella:

*No quiero perder a mi esposa, Señor. Ayúdame a temer menos y a confiar más.*

*El banco acaba de llamar y van a quitarme la casa. ¿Qué le sucederá a mi familia? ¿Me puedes enseñar a tener fe?*

*Tengo miedo, Señor. El doctor acaba de llamar y las noticias no son buenas. Tú sabes lo que me espera. Te entrego mi miedo.*

Jesús hizo públicos sus temores. Ofreció «ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librar de la muerte» (Hebreos 5:7). Oró lo suficientemente fuerte como para poder ser oído y que se registrara lo que dijo, y le rogó a su comunidad de amigos que oraran con Él.

**Todas las cosas obran para bien**

Como seguidores de Dios, tú y yo tenemos una ventaja enorme. Sabemos que todo va a salir bien. Cristo no ha sido sacado de su trono y Romanos 8:28 no se ha esfumado de la Biblia. Nada hay imposible para Dios. ¿Nos atrevemos a creer lo que enseña la Biblia? ¿Qué no hay ningún desastre que finalmente sea fatal?

El apóstol Pablo escribió sus palabras finales en la cárcel, encadenado a un guardia, podía escuchar los pasos de sus verdugos. ¿Le estaba por ocurrir lo peor? No de acuerdo con la perspectiva de Pablo. «El Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén»
(2 Timoteo 4:18).

Pablo escogió confiar en su Padre. Tú y yo debemos hacer lo mismo.